

PSICOLOGÍA EN AMÉRICA LATINA

Temáticas emergentes y desafíos para el siglo XXI

© GONZALO SALAS y JULIO CÉSAR OSSA, *editores*

Nueva Mirada Editores, 2025

Open Access. El presente capítulo de libro es de acceso abierto.

La psicología artificializada. Innovación, Transformación y Coyunturas en América Latina a la luz de las Inteligencias Artificiales

Eduardo Traviezo-Triolo y Laura Sommers

Cómo citar este capítulo

Traviezo-Triolo, E., & Sommers, L. (2025). La psicología artificializada. Innovación, Transformación y Coyunturas en América Latina a la luz de las Inteligencias Artificiales. In G. Salas & J. C. Ossa (Eds.), *Psicología en América Latina: Temáticas emergentes y desafíos para el siglo XXI* (pp. 36-44). Nueva Mirada.

LA PSICOLOGÍA ARTIFICIALIZADA

Innovación, Transformación y Coyunturas en América Latina a la luz de las Inteligencias Artificiales

Eduardo Traviezo-Triolo¹ y Laura Sommers¹

Hace casi setenta años, en 1956 tuvo lugar en Dartmouth College el primer encuentro sobre «máquinas pensantes» en el mundo, conocido como Conferencia Dartmouth. Fue John McCarthy, informático estadounidense y entonces profesor asistente de matemáticas en dicha universidad, quien organizó el seminario y acuñó el ahora ampliamente conocido término *Inteligencia Artificial* (IA). Si existía para mitades del siglo XX un grupo de personas capaz de concebir, sin exacerbada sorpresa, los futuros avances inimaginados que alcanzaría la IA en los albores del siglo XXI, esos eran los once asistentes de la Conferencia Dartmouth.

Como cabría asumir, fue por esta misma época que comenzaron a trazarse paralelamente los inicios de la psicología cognitiva. De acuerdo con autores como Chomsky (1957, 1968), Neisser (2014 [1967])

¹ Facultad de Psicología y Humanidades, Universidad San Sebastián, Santiago, Chile.

* La correspondencia relacionada con este artículo debe dirigirse a Eduardo Traviezo-Triolo, Facultad de Psicología y Humanidades, Universidad San Sebastián, Avda. del Cóndor 796, tercer piso, campus Ciudad Empresarial, Huechuraba, R.M., Chile. Email: etraviezot@correo.uss.cl

o Gardner (2000), la revolución cognitiva bebió de la filosofía, la antropología, la lingüística, las neurociencias y, por supuesto, las ciencias de la computación. Este paralelismo histórico no podría ser concebido como anecdótico, en tanto evidencia cómo la emergencia de la psicología y la IA fue simultánea en un mismo horizonte científico.

Antes del hito en Dartmouth, en 1950, Alan Turing publicó *Computing Machinery and Intelligence*, donde postulaba el famoso Test (o prueba) de Turing, que describió la capacidad de una máquina para exhibir un comportamiento «inteligente», al punto de que fuera indistinguible de y entre un ser humano. Aún más atrás en el tiempo, en 1943, Warren McCulloch y Walter Pitts (1943) realizaron un análisis lógico-matemático de las neuronas, lo que sentaría las bases de las redes neuronales artificiales de las que se serviría la IA moderna. La psicología cognitiva, desde su génesis de mediados del siglo XX, ha avanzado con rapidez, pero también con sobrada parsimonia si se la compara con los palpables avances que han abanderado las ciencias computacionales.

Curiosamente, y siguiendo la línea de los paralelismos entre IA y psicología, en 1966 el informático (y uno de los precursores de la cibernética), Joseph Weizenbaum, creó uno de los primeros *chatbots* de la historia, bautizándolo como ELIZA. El programa fue capaz de sostener una conversación con un usuario humano a través del uso de reglas dictadas en guiones (o *scripts*); uno de sus guiones (DOCTOR) estaba basado en el método de psicoterapia de Carl Rogers, en el que el terapeuta refleja las palabras del paciente de vuelta a él. El programa de ELIZA «permitía que el lenguaje conversacional con un computador fuera posible» (p. 36), dieciséis años después de la predicción de Turing.

Sesenta años tras la creación de ELIZA, los vertiginosos cambios y acelerados desarrollos de modelos de IA (en sus distintos formatos y aplicaciones) han instalado un paradigma de la que muy pocas disciplinas científicas –sino es que «ninguna»– pueden decirse independientes e inalteradas. Como tantas otras, la práctica psicológica, entendida ésta de forma amplia y desde sus distintos orbes de ac-

ción, se ha visto enfrentada a bosquejar respuestas frente los dilemas éticos, filosóficos y técnicos inevitablemente introducidos por la IA.

Dados los propósitos del presente capítulo, se hace menester trabajar sobre una conceptualización mínimamente clara sobre la IA. Aunque de difícil –e incluso controvertida– definición, la *Inteligencia Artificial* es aquí entendida, de forma genérica, como cualquier tecnología que permite a determinados dispositivos, cómputos o máquinas, emular capacidades propias de la inteligencia humana, tales como el aprendizaje asociativo, la resolución de problemas, e incluso aspectos de creación «creativa».

Rouhiainen (2018) intenta definir la IA desde la simpleza como «la habilidad de los ordenadores para hacer actividades que normalmente requieren inteligencia humana» (p.16). Definiciones más complejas y académicas, como aquella propuesta por Gil de Zúñiga et al. (2023), establecen que la IA se refiere a la capacidad de máquinas no-humanas o entidades artificiales de funcionar, resolver tareas, comunicar, interactuar y actuar lógicamente de forma similar a la de los «humanos biológicos». No obstante, Sheikh et al. (2023) reconocen que la tarea de definir claramente qué es la IA es simplemente compleja, ya que la IA es «...la imitación o simulación de algo que aún no comprendemos del todo: la inteligencia humana» (p. 16).

De cualquier manera, esta capacidad de mimetismo es alcanzada a través de distintos recursos algorítmicos, y para muy variadas aplicaciones, tales como la generación de imágenes nítidas y realistas a través de modelos de difusión latente, o la capacidad de producir lenguaje coherente y articulado mediante *chatbots*, programas capaces de reproducir o simular el lenguaje humano, incluyendo formas particulares de comunicación como el sarcasmo o la pasivo-agresividad. Resulta una curiosidad no menor el hecho de que el funcionamiento de la IA se base en redes neuronales artificiales que imitan el funcionamiento de las neuronas humanas y que, por contrapartida inmediata, estas redes artificiales y sus funcionamientos latentes permiten develar y estudiar funciones y procesos mentales, en una suerte de «segunda revolución cognitiva».

Las distintas formas de IA han extendido su alcance a casi todos los rincones del mundo, incluyendo Latinoamérica. De acuerdo al Índice Latinoamericano de Inteligencia Artificial ([ILIA], 2024), un bien público impulsado por el Centro Nacional de Inteligencia Artificial (CENIA) y la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) que entrega información sobre el estado de avance de la IA en la región, los cinco países latinoamericanos con mayor índice de progreso de IA son, respectivamente, Chile, Brasil, Uruguay, Argentina y Colombia, de los cuales los tres primeros entran en la categoría de pioneros, y los dos últimos en la de adoptantes². Estas nuevas tecnologías han inundado prácticamente todas las disciplinas científicas en mayor o menor medida; la psicología no ha sido la excepción.

Una de las indudables y más comunes áreas de aplicación de la IA en el campo de la psicología es la clínica. *Chatbots* avanzados y entrenados en técnicas psicoterapéuticas, como Woebot (Estados Unidos), Wysa (Reino Unido, India y Estados Unidos) o Joy (Latinoamérica), utilizan principios basados en la Terapia Cognitivo-Conductual con la promesa de proporcionar servicios similares a los que obtendría el usuario a través de la consulta con un clínico.

¿Qué tan capaces son estas tecnologías a la luz de los avances más recientes, y qué tanto del campo profesional de la psicología alcanza a solaparse con los mismos? En un estudio llevado a cabo por Ayers et al. (2023), se solicitó a un grupo de jueces expertos que evaluaran la calidad y el grado de empatía de varias respuestas y orientaciones frente a preguntas formuladas por pacientes. Los jueces no tenían conocimiento previo de qué respuestas correspondían a *chatbots* (IA) o clínicos (personas reales). El resultado fue sorprendente: entre las 585 evaluaciones, los jueces prefirieron las respuestas del

²El ILIA agrupa a los países en torno a tres categorías según el grado de madurez de sus ecosistemas de IA, siendo estos (1) pioneros: desarrollo de infraestructura y estrategias nacionales de fomento al progreso de la tecnología, (2) adoptantes: integración incipiente de la IA en distintos sectores y servicios; y (3) exploradores: en etapas iniciales de IA. Para este cálculo, se toman en consideración más de 76 variables, agrupadas a su vez en tres dimensiones principales: Factores Habilitantes; Investigación, Desarrollo y Adopción; y Gobernanza.

chatbot un 78,6% de las veces; además, las respuestas de los clínicos fueron, en promedio, 41% menos empáticas. ¿Representa un estudio de estas características el preludio de un inminente desplazamiento de los psicólogos clínicos? ¿O más bien la clave de incontables oportunidades para el mejoramiento de los procesos terapéuticos actuales? La literatura actual no es lo suficientemente robusta como para sostener tales aseveraciones, pero contribuye a la inauguración de un debate hoy más vigente que nunca.

La frontera entre IA y psicología, aunque emergentemente explorada en distintos rincones del mundo, es aún incipiente en Latinoamérica pese a los esfuerzos por posicionar a la región en la vanguardia tecnológica. En octubre de 2023 se celebró, en México, el Primer Congreso Internacional de Psicoanálisis e Inteligencia Artificial, organizado por Yoica A.C. En él, se abordaron los desafíos y alcances de la IA en el terreno psicoanalítico. En octubre de 2024, se celebró en la Universidad de Boyacá, Colombia, el VII Congreso Internacional de Psicología y Educación, que tuvo como temática los *desafíos y oportunidades de la psicología y la educación en la era de la inteligencia artificial*. Por otro lado, cada vez son más los cursos y diplomados sobre IA y psicología ofertados por diversas universidades en la región. El interés en estos temas devela una renovada actitud en la academia: la cuestión sobre la IA dejó de trenzarse entre la decisión de evadirla y la de acogerla, para volcarse sobre el desafío de integrarla de la forma más consciente, ética, fundamentada y eficaz posible.

Como producto de los esfuerzos por integrar la IA a las prácticas clínicas, la Organización Mundial de la Salud (OMS, 2024) estableció un marco ético y de gobernanza basado en seis principios clave orientados a garantizar el buen uso de la IA y asegurar su aplicación de forma responsable y equitativa. De este modo, se prevé limitar los riesgos y aumentar al máximo las oportunidades que conlleva el uso de IA en el ámbito de la salud.

La literatura parece mostrar consenso sobre el hecho de que, en el contexto clínico, la mayoría de las limitaciones y desventajas de la IA frente a profesionales humanos están directamente relaciona-

das con la inexactitud de dichos programas. No obstante, tales diferencias podrían, al menos en teoría, despejarse con facilidad en tanto los modelos de IA sigan desarrollándose y refinando sus capacidades. Cabría entonces, en este hipotético, situar la interrogante sobre el grado potencial de «sustituibilidad» de las/os psicólogas/os frente a una versión lo suficientemente avanzada de IA que sea capaz de sobreponerse al Test de Turing de manera definitiva. ¿Podría una IA antropomorfizada (i.e. un androide, capaz de reproducir fielmente los aspectos expresivos, lingüísticos y cognitivos del ser humano) reemplazar la labor profesional de un humano de carne y hueso?

Autores como Zhang y Wang (2024) se han aproximado a este tipo de preguntas, llegando a la conclusión tentativa de que la progresiva sofisticación de la IA transformará el panorama de la salud mental, complementando, y no necesariamente sustituyendo, a la psicoterapia. Al día de hoy es ampliamente sabido que al éxito psicoterapéutico contribuyen en gran medida las variables inespecíficas de la psicoterapia, tales como la alianza terapéutica, las variables intrínsecas del consultante, y las variables relacionadas con la «persona» del terapeuta, como la actitud, el interés genuino, la empatía, el autoconocimiento o el nivel de experiencia, cualidades características de un ser humano.

Por otro lado, la persona del psicólogo, o si se quiere, su «mente», es irreductible a su cerebro. Ya lo vaticinaba la psicología humanista cuando se refería a la persona como un organismo, una Gestalt donde el *todo* era indudablemente un resultado más complejo que la mera suma de sus partes. La conciencia humana, por ejemplo, es única en tanto es capaz de alcanzar un nivel de integración causal de información que ningún otro sistema físico puede igualar (véase Tononi, 2004). Nuestro hipotético androide terapeuta bien puede ser capaz de procesar grandes cantidades de información, pero lo hace de forma fragmentada a través de sistemas binarios, del mismo modo que los millones de píxeles individuales y desentendidos los unos de los otros conforman una imagen aparente en la pantalla de un monitor. Quizá la conciencia, que aún sigue siendo un gran misterio

para la psicología misma, no sea la respuesta definitiva al experimento mental que hemos propuesto, pero es, a lo menos, un importante punto de partida.

Los modelos de IA modernos son cada vez más refinados, pero siguen siendo incapaces de tomar decisiones (creativas, autónomas) por sí mismos. Al preguntarle a un conocido y ampliamente usado *chatbot* de IA cuáles eran sus propias limitaciones (en comparación con la capacidad humana), este respondió: «No tengo consciencia, emociones ni creatividad genuina, y mi aprendizaje es rígido. Aunque proceso datos rápidamente, carezco de intuición, percepción sensorial y responsabilidad, lo que me limita frente a la comprensión y adaptación humana». Varias, si no todas, las cualidades descritas por la IA forman parte del arsenal habitual que las/os psicólogas/os incluyen en su quehacer profesional. Cabría intuir entonces que, al menos por ahora, el vasto paisaje de la psicología moderna seguirá necesitando importantes pinceladas de *humanidad*.

Referencias

- Ayers, J., Poliak, A., & Dredze, M. (2023). Comparing physician and artificial intelligence chatbot responses to patient questions posted to a public social media forum. *JAMA Internal Medicine*, 183(6), 589–596. <http://dx.doi.org/10.1001/jamainternmed.2023.1838>
- Chomsky, N. (1957). *Syntactic structures*. Walter de Gruyter.
- Chomsky, N. (1968). *Language and mind*. Harcourt, Brace & World.
- Gardner, H. (2000). *La nueva ciencia de la mente: La historia de la revolución cognitiva*. Editorial Paidós.
- Gil de Zúñiga, H., Goyanes, M., & Durotoye, T. (2023). A scholarly definition of artificial intelligence (AI): Advancing AI as a conceptual framework in communication research. *Political Communication*. <http://dx.doi.org/10.1080/10584609.2023.2290497>
- Índice Latinoamericano de Inteligencia Artificial. (2024). *Dimensiones de análisis*. <https://indicelatam.cl/>
- McCulloch, W., & Pitts, W. (1943). A logical calculus of the ideas immanent in nervous activity. *Bulletin of Mathematical Biology*, 5(1/2), 99–115.
- Neisser, U. (2014 [1967]). *Cognitive psychology* (1st ed.). Psychology Press.
- Organización Mundial de la Salud. (2024). *Ethics and governance of artificial intelligence for health: Guidance on large multi-modal models*. World Health Organization. CC BY-NC-SA 3.0 IGO.
- Rouhiainen, L. (2018). *Inteligencia artificial*. Alienta.
- Sheikh, H., Prins, C., & Schrijvers, E. (2023). Artificial intelligence: Definition and background. En C. Prins & F. Brom (Eds.), *Mission*

- AI: *The new system technology* (pp. 15–41). Springer. <https://doi.org/10.1007/978-3-031-21448-6>
- Tononi, G. (2004). An information integration theory of consciousness. *BMC Neuroscience*, 5, 42. <https://doi.org/10.1186/1471-2202-5-42>
- Weizenbaum, J. (1966). ELIZA—A computer program for the study of natural language communication between man and machine. *Computational Linguistics*, 9(1).
- Zhang, Z., & Wang, J. (2024). Can AI replace psychotherapists? Exploring the future of mental health care. *Frontiers in Psychiatry*, 15, 1444382. <https://doi.org/10.3389/fpsy.2024.1444382>

PSICOLOGÍA EN AMÉRICA LATINA

Temáticas emergentes y desafíos para el siglo XXI

© GONZALO SALAS y JULIO CÉSAR OSSA, *editores*

Open Access. El presente capítulo de libro es de acceso abierto.